

nº 21. 22

DISCURSO CIVICO

PRONUNCIADO

EL 16 DE SEPTIEMBRE
DE 1854

POR

Don José Antonio Septien.



QUERÉTARO.

Imprenta de Francisco Frias y Herrera.

no 21. 22

DISCURSO CIVICO

PRONUNCIADO

EL DIA 16 DE SEPTIEMBRE

DEL AÑO DE 1854,

EN LA PLAZA DE LA CAPITAL DE QUERETARO.



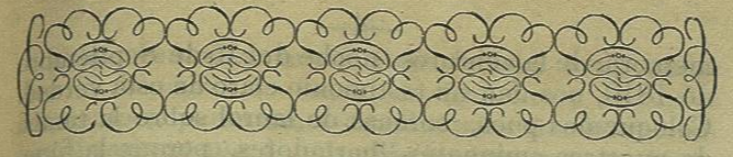
QUERÉTARO: 1854.

Imprenta de Francisco Frias, calle de los Cinco Señores, número 2.

DISCURSO CIVICO
PROMETIDO
EL DIA 18 DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DE 1854
EN LA PLAZA DE LA CAPITAL DE QUERETARO



FONDO
BERNANDO DIAZ RAMIREZ



QUERETANOS.

Yo os pregunto conmovido, con qué objeto os habeis congregado á mi rededor en este grande y memorable dia? Vuestras miradas están pendientes de mis labios y vuestros oidos atentos á mis razones. ¿Mas qué podré decir que dignamente satisfaga la espectacion de tan ilustrado concurso? ¿Guardaré silencio y mis sollozos espresarán mis sentimientos? porque el dia de hoy me presenta la historia de nuestra revolucion las consecuencias funestas del error y de las pasiones. Se desarrolla á mi vista un cuadro tristísimo cubierto de sangre y que por todas partes nos manifiesta la desolacion y la muerte: veo levantados infames patibulos en que perecen á manos de un verdugo las mas ilustres víctimas de la libertad: oigo los gemidos de todos los buenos mexicanos, y al mismo tiempo escucho el grito de triunfo de su vencedor. En fin, hundidos en el abismo de la ignominia los mas grandiosos proyectos de emancipacion; mas no, ella ha producido sus frutos y este dia consagrado por la gratitud de nuestros legisladores á la

memoria de la venturosa noche del 15 de Septiembre de 1810, nos dan un testimonio claro de esta verdad. Coloquemos pues, coronas de laurel sobre la tumba de nuestros eminentes libertadores, porque la fúnebre losa que cubre sus cenizas, es la sólida base sobre que se elevan los trofeos de su inmortalidad.

Este aniversario nacional, es glorioso para nuestros héroes, y de inagotables consecuencias para nosotros.

Desearia estar inspirado por un genio para comunicar los sublimes sentimientos que encierran estas interesantes verdades, que aunque no llevan el seductor atractivo de la novedad, se hacen indispensables para formar con ellas ardientes defensores de nuestra independencia.

Si consideramos, señores, al hombre, á este sér privilegiado de la naturaleza á la clara luz de la sana filosofía, lo encontraremos animado de una sustancia inteligente, principio fundamental de sus virtudes y de sus pasiones, que desea ardientemente su felicidad, y que se dirige á ella como á su último fin; mas no encontrándola en la tierra, y sobreponiéndose á sus sentidos, la busca en una vida futura. Estas han sido las convicciones de todos los pueblos, en el discurso de los siglos; ni podria de otra manera esplicarse ese constante anhelo del hombre á perpetuar su memoria, instinto comun al poderoso y al débil, al rico y al pobre, al sabio y al ignorante. En efecto, si preguntamos al guerrero qué motivo poderoso lo ha impelido á los combates esponiéndose á los peligros, y por último á hacer el sacrificio de su vida, él nos contestará con Caton: yo no hubiera emprendido nunca tantos trabajos civiles y militares, si hubiera creído que mi gloria debiera acabarse con mi vida, pero no sé cómo mi alma elevándose sobre sí misma pareció creer que saliendo de esta vida, empezaria á vivir.

Estas verdades morales se hallan confirmadas por la historia de todas las naciones y de todos los tiempos: penetremos en ellos por entre las inmensas distancias que de nosotros los separan, y hagamos retrogradar las épocas de Grecia y de Roma. Ellas nos presentan á Epaminondas espirando cerca de los muros de Mantinea, rodeado de sus amigos, que deplorando su muerte, exclamaban en medio de su dolor, ¡oh Epaminondas! ¡si al ménos nos hubieseis dejado herederos de vuestro nombre! El contestó tranquilo y aun gozoso: os dejo dos hijas inmortales, la victoria de Leuctres y la de Mantinea. A Scipion africano, queriendo levantar una estatua al poeta Enio porque habia ilustrado con sus versos las valerosas acciones del guerrero romano. A Julio César dictando su testamento en que prevenia, que en columnas de metal, colocadas cerca de su sepulcro, se grabaran las páginas del libro al que habia confiado la memoria de sus propios hechos. A Francisco primero.... pero, ¿para qué señores, fatigaros con la relacion de sucesos ocurridos en remotos siglos y apartados climas? Volvamos los ojos á nuestra amada patria, tan feraz en sus terrenos, como fecunda en gloriosas acciones, y allí verémos á los Hidalgos, Allendes, Aldamas y Morelos, ilustres caudillos de nuestra independencia, rivalizar con los capitanes griegos y romanos en los felices tiempos de su prosperidad. Pues es indudable, que si aquellos célebres guerreros se hicieron dignos de la fama que disfrutaban á impulso solamente de la gloria, los nuestros, guiados por el propio estímulo, rompiendo los estrechos diques de la humana debilidad, abrazando con sus deseos el futuro, y queriendo dominar en la eternidad, acometieron la difícil empresa de nuestra emancipacion.

Yo los considero en la memorable noche del 15